cibí. ¡Oh! ¡cuánto agradecimiento debo á Dios!

Hace unos años, salía del puerto de San Maló un joven marinero con rumbo á América. Ese joven que pertenecía á una familia expuesta siempre á los azares del mar, se había consagrado á María y traía el Escapulario, pero con gran confianza y amor. Llegado al término de su viaje, quiso bañarse después de algunos días de descanso; quisieron disuadírselo diciendo que las playas eran peligrosas. Persistió él, y nadando se alejó de la orilla. De repente, divisa á poco trecho un tiburón que se lanzaba para tragarlo, aciago y espantable momento. El primer movimiento del joven fué un movimiento de pavor, pero su pensamiento se dirigió al cielo. Cogió el Escapulario que siempre llevaba, lo tremoló con la mano izquierda, enseñándolo al tiburón, y procurando nadar con la derecha. Detúvose el monstruo como cegado ó paralizado, y cobijado con la celestial armadura, siguió nadando el protegido de la Virgen, llegando luego á la orilla, donde exclamó prosternándose: *¡Ave María!* Desde entonces, en cada viaje, lleva consigo Escapularios no sólo para sí, sino tambien para los demás marineros.

Nosotros conocemos al héroe de este relato, dice el redactor del *Magasin catholique,* y podemos asegurar su perfecta veracidad, y la exactitud de ese hecho, que tan grato nos es contar para gloria de Nª Sª del Carmelo.

DÍA VEINTE Y SIETE

CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO CORAZÓN DE MARÍA

Para comprender la excelencia del corazón de María, y la veneración con que debéis obsequiarle, tenéis que considerar lo que él es en sí mismo, lo que es en su unión con Dios, y lo que es en su amor por los hombres.

Punto Iº. — El corazón de María considerado en sí mismo. « Debe ser el corazón del hombre algo muy superior á las demás obras que salieron de manos de Dios, para que ese Dios todopoderoso manifieste él mismo su gran amor por tan débil corazón, amándole hasta los celos, teniendo á gloria el conquistarle y reinar en él[1]. » Nuestro corazón, eso nos pide en cambio de todo cuanto hizo por nosotros; para lograrlo, se humilla hasta los ruegos: Hijo mío, dame tu corazón[2]. Recurre á las promesas[3]; y se compromete á dejarse ver sin velo á los corazones puros, á no poner lindes en sus liberalidades para con los corazones rectos. En una palabra, Dios no cesa jamás de tener puesta su mirada

1. Ab. Ladén.
2. Prov., xxiii, 26.
3. Math., v, 8.

en el corazón del hombre ; le sigue en sus vías, observa sus movimientos, no ve ni aprecia más que el corazón del hombre. Si pues tan grato es á sus ojos el corazón de un simple mortal, en que tan sólo Dios dejó caer unas gotas de su gracia, ¡ cuánto más grato y precioso será el corazón de María, en que tanto torrente de gracias derramó!

Todos los demás corazones fueron inficionados por el pecado original, y amancillaron luego ellos mismos la poca belleza que les quedaba con pecados voluntarios y personales. Pero María fué concebida sin mancha, y jamás sucedió que tan generoso y magnánimo corazón consintiera en la más leve culpa que afearlo pudiera á los ojos de Dios. El Señor vió revivir en esa Virgen bendita toda la belleza de la madre del género humano, al salir ésta radiosa é inocente de sus manos. ¡ Oh ! con cuánto amor debió contemplar á ese corazón sagrado, á quien no desfiguraba mancha alguna, cuyas inclinaciones no eran más que santas, y sus afectos celestiales! Esa era la criatura hecha á su imagen, y en que, como en un espejo, vienen á reflejarse sus divinas facciones. La contempla amoroso, viéndola *hermosa y sin mancha alguna*[1]; la propone á la admiración de los ángeles : Mirad, les dice, á esa casta paloma; es sin igual, y sola perfecta : *Una est culumba mea, perfecta mea*[2].

1. Cant.
2. Cant.

Y lo que fué dado á los ángeles ver y admirar, también vosotros podéis admirarlo con estudiar el corazón de María. Todas las virtudes parecen haberse dado cita en él. Había nacido de sangre real, había sido elevada á la dignidad de madre de Dios, sobrepujaba en luces á los genios más célebres ; pues bien, miradla : ella se retrae en voluntaria oscuridad ; escoje por esposo á un pobre artesano, se entrega á todas las humillaciones inseparables de una condición abyecta á los ojos de los hombres. Observad todos sus pasos, oíd todas sus palabras, estudiad hasta su silencio, y veréis que continuamente se dedica á confundirse y humillarse ; y la perfección de sus demás virtudes corresponde á lo profundo de su humildad.

¿ Cómo no admirar su desprendimiento de las cosas terrenales, lo vivo de su fe, su sumisión á los designios de Dios sobre ella ? ¡ Qué caridad para aliviar los padecimientos ! ¡ qué valor para sobrellevar las mayores penas de la vida ! ¡ qué heroica constancia en la adversidad, y sobre todo ¡ qué amor incomparable por su divino Hijo ! Cuanto más estudia uno el corazón de María, tanto más se persuade que ese corazón fué el más grande después del de Jesucristo, el más noble y santo que salió de manos de Dios.

Punto II°. — El corazón de María en su unión con Dios. Habiendo Dios resuelto de toda eternidad salvar al mundo por medio de los misterios de la Encarnación y Redención, resol-

vió también de toda eternidad crear una virgen para ser la madre de su Hijo hecho hombre, y esa criatura privilegiada es María. Desde luego, la adornó Dios, desde el instante de su concepción, con todos los dones de la gracia y de la naturaleza que pueden otorgarse á una simple mortal..... Antes que viera la luz, ya se le pudo llamar llena de gracia. Á su nacimiento, la recibe Dios en sus brazos, y no quiere que tenga otro padre más que él. Mucho antes de la edad en que las demás niñas reciben las primeras luces de la razón, María se separa de los afectos de familia, se eleva más alto que los sentimientos de la naturaleza, y para consagrarse enteramente á Dios, se encierra en el templo. Ligada en él al pie de los altares por su amor, ya no tiene trato más que con el Cielo, y únicamente ocupada en dar gusto á Dios, se prepara á las inefables nupcias que luego ha de celebrar con el Espíritu Santo.

Por fin, sale del templo exornada de la pureza primitiva y virginal, de castidad, de humildad, de amor, y de todo un conjunto de virtudes que forman su vestido nupcial. Y ahora es cuando desciende en ella el Espíritu Santo, para cumplir el portento cuarenta siglos esperado, el misterio incomprensible hasta para los ángeles, dándole un título y derechos á que no era posible que criatura alguna pudiera pretender. Desde ese momento, sobre todo, quedó el corazón María unido con Dios de un modo inenarrable. Pudieron sin duda otros corazones puros y generosos llamar á Dios Padre suyo, pudieron otras vírgenes llamarse, aunque en sentido menos exacto, esposas del Espíritu Santo; pero ¿ quién sino María pudo jamás llamarse madre de Dios? ¿ quién sino María concibió en sus entrañas, dió á luz y sustentó al Hijo del Eterno? Y ved ¡ qué continuación de prodigios! una Virgen que concibe, y da en cierto modo el ser á su Criador, y el Criador que se hace, por decirlo así, obra y producción de su criatura. Una madre que alimenta con su substancia á aquel que da incremento á toda la naturaleza, y lleva en sus brazos á aquel que el universo no puede contener.

Comprended, si os es posible, qué concurso de gracias debió recibir el santo corazón de María de esas comunicaciones íntimas, de esas relaciones continuas con la Divinidad; ¡ cómo debieron divinizarse sus pensamientos y sentimientos en los nueve meses que el Verbo eterno animó su seno virginal! ¡ Qué fuego debió encender en él ese sol que en él se estuvo tanto tiempo encerrado, sin dejar que estallara chispa alguna hacia fuera! ¡ de qué santidad no debió llenarse ese corazón durante los treinta años de trato no interrumpido, de comunicación, de expansiones mutuas y diarias entre el Hijo y la Madre!

Punto III°. — El corazón de María en su amor por nosotros. Cuando el Espíritu Santo

quiere hacernos comprender, en cuanto cabe en la humana inteligencia, el amor del Padre eterno por los hombres, no emplea otras expresiones más que éstas: *Dios amó tanto al mundo, que entregó su Hijo único para salvarlo.* Eso es lo que el gran Apóstol llama el exceso de la caridad de Dios para con los hombres. Pues bien, esa es también la prueba que nos da María de su amor por nosotros. También ella tenía un hijo, un hijo único, á quien amaba como jamás madre amó al hijo más amable, un hijo que era su tesoro, su vida, y por quien hubiera sacrificado mil vidas, si mil vidas tuviera. Pues bien, ese entrañable hijo, ese hijo incomparable, ella lo ofrece por nuestra salvación, ella lo entrega, admirable fruto de sus entrañas, por la redención del mundo; y tan doloroso sacrificio no empieza para ella en el Calvario.

Desde el instante en que Gabriel le anunció que tendría un hijo llamado Jesús, ya ella vislumbró todo cuanto esa palabra significaba, ya comprendió que estaba destinada á dar á luz la víctima del género humano; y adhirió, por amor por nosotros, al riguroso designio de la Providencia. El día de la presentación de Jesús en el templo, al decirle el anciano Siméon: Sábete, joven madre, que una espada de dolor atravesará tu alma; ¡ ah! en ese momento todo lo vió como en un espejo: desprecios, calumnias, ultrajes, espinas, los clavos, la cruz, y todo lo aceptó por nuestra redención.

Pero la angustia más cruel para María fué el Calvario. Subid á él y ved que espectáculo: Jesús sentenciado á muerte; lastimado y desgarrado con los azotes; agotado de sangre y fuerzas, cargado de pesada cruz; llegado al sitio del suplicio. Unas piadosas mujeres, que saben su inocencia, no pueden atajar sus lágrimas, y llenan los aires con lamentables gemidos. Y la madre de la víctima ¿ dónde está? ¿ habíase quedado desconsolada en casa? No tal. Su ternura por nosotros exige más valor, y lo tendrá. María está al lado de la augusta víctima, habiendo subido á su lado el monte Calvario, y el Evangelio no dice que llora. Despojan á su Hijo, le extienden en la cruz, se oye hundir con repetidos golpes los clavos que horadan sus pies y manos; ella ve la sangre que brota de sus desgarrados miembros, oye los ultrajes y blasfemias contra él. ¡ Dios mio! ¡ cuánto debe padecer! pero sabe que nuestra salvación estriba en el sacrificio de su Hijo, y suscribe á sacrificio tan doloroso.

Ved hasta qué punto nos amó el corazón de María; ved cómo ha venido á ser nuestra madre. ¡ Qué caro le habemos costado, Dios mío! Pero cuanto más caro, más nos ama: Amemos pues también nosotros á una madre que tanto nos amó. Seamos para ella hijos fieles y tiernos, y no busquemos otro refugio más que el corazón de nuestra divina madre.

¡ Oh corazón inmaculado de María! ¡ Cómo

podríamos no honrarte, siendo tu corazón el de la más tierna madre! Por lo tanto jamás cesaremos de invocarte y poner en ti toda nuestra confianza. Por muchas que sean nuestras miserias y flaquezas, jamás desesperaremos, mientras tú seas nuestro refugio. ¿ No eres tú, oh corazón sagrado, la bondad misma y la misericordia? Sí, eres; y si no tienes la omnipotencia que impera y obra cuanto quiere, tienes la omnipotencia que suplica y logra cuanto pide. Ábrete pues, tan amable corazón, para recibir nuestros corazones, y sé para nosotros seguro refugio donde jamás puedan alcanzar los golpes de nuestros enemigos. Amén.

EJERCICIO

Probemos á María que le amamos con evitar todo cuanto puede disgustar á su divino Hijo, y sobre todo el pecado mortal.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Una visita á Nuestra Señora de las Victorias, donde está establecida la Archicofradía en honor del santo Corazón de María. — Un joven de provincia después de brillantes estudios, logró como recompensa un viaje á París. Lleno de júbilo, va á sus amigos y les anuncia su próxima partida, ofreciéndoles desempeñar todos los encargos que le dieran. Fué también á una quinta, donde vivía una señora muy piadosa, y le ofreció sus servicios; ésta le dió las gracias, y acordándose de repente: « Sí

dijo, tendría un encarguito pero acaso os molestara. — No, señora, yo me pongo á las órdenes de V. — Pues bien, os encargo que vayáis por mí á rezar un Avemaría al altar del santo Corazón de María, en la iglesia de Nª Sª de las Victorias ». No era el joven de lo más católico, y no esperando semejante recado, decía para sí: ¡ Qué idea tan tonta! Ya tienen razón los que dicen que la gente piadosa es gente rara. No obstante se calló y aceptó. Después de llegar á París, fué á todas partes, pero se quedó en el tintero aquello de Nª Sª de las Victorias. La víspera del día de su regreso, se acordó del bendito *Avemaría*, y dijo entre sí. « ¡ Qué! no tengo gana de ir allá.,. es una molestia; y sin embargo es cosa prometida. Aquella señora no dejará de preguntarme si hice el encargo, pues las devotas toman á empeño esas cosas. » Fué pues á Nª Sª de las Victorias, y se metió en un rinconcito de la capilla en el momento en que no había nadie en la iglesia. Se arrodilló torpemente como quien no lo acostumbra, y procuró recordarse las palabras del *Avemaría*. Le consterna el pensamiento de que está solo ante Dios, y la empezada oración le penetra hasta el alma; conmovido, fluyen lágrimas de sus párpados, y oyendo alguien tras sí, mira, ve al señor cura, y aunque tiene poca afición á la sotana se dirige á él sobresaltado. Dícele el cura estrechándole la mano; « Amigo, estoy seguro que sois también una de esas almas extraviadas que nos envía la Virgen de cuando en cuando. — ¡ Ay de mí! padre cura, ello es la verdad. » Fueron á la sacristía, se confesó el joven, el viaje fué aplazado, comulgó, y á su regreso, su primera visita fué para la señora del *Avemaría*.

Vamos á Nª Sª de las Victorias, ante el altar del santo Corazón de María. Allí es donde la Reina del

cielo quiere permanecer siempre soberana; allí es donde estableció de preferencia el trono de sus finezas. Ante sus ojos, en el recinto de donde á toda hora suben ardorosas súplicas hacia el cielo, el pecador se ve obligado á rendirse; y ocurren allí inauditos fenómenos; aquí tenemos uno que supera hasta la misma desesperación: J. B*** abogado de unos treinta años de edad, había perdido la fe y las buenas costumbres. Se había vuelto ateo sistemático, y vivía sin regla ni freno, esclavo de su orgullo y sentidos. Diez y siete años duró ese desorden, y diez años ocupó su imaginación el pensamiento del suicidio. Habiendo venido á París, experimentó el más cruel desengaño en sus dos pasiones dominantes el orgullo y el placer. Se encontraba delante de Nª Sª de las Victorias cuando recibió tan rudo golpe y fuera de sí, exhalaba su sentimiento y cólera con lágrimas y sollozos. Serían las diez de la noche, y estando tan cerca de la iglesia, entra en ella y la encuentra desierta. Se adelanta hacia la capilla del Santo Corazón de María; se sienta en frente del altar, hondamente preocupado y sin ver nada por lo pronto. Increpa á Dios por los sinsabores que expirimenta, á Dios en cuya existencia no cree; amenaza enajenado las bóvedas de la iglesia con el puño, y blasfemando: « ¡ Ah! si es verdad que existes, dice, ¿ pór qué soy yo tan desdichado? yo te desafío á que me pruebes tu existencia. » Vuelve la cara y divisa la blanca imagen de María. Furioso entonces, exclama: « Tú, que dicen eres el consuelo de los afligidos, vamos alíviame si algo puedes. » Súplica indigna, á que no obstante atiende la Madre de misericordia; pues no ignora las fervorosas oraciones que á cada instante le dirigen en el mismo sitio en que ese triste está blasfemando. Se conmueve de tanta y tan lamentable miseria, y el impío siente que disminuye su angustia. Vuelve á empezar la oración, y experimenta una calma más sensible, y tres veces á la misma demanda sigue la misma gracia. Media hora después, se vuelve á casa, y al entrar en su cuarto, ve un libro encima de la mesa, era la *Imitación de Cristo*. Admirado y no sabiendo de donde viene aquel libro, lo abre y lee estas palabras: « El hombre será castigado por donde pecó. » Reflexiona un momento, abre otra vez el libro y lee: « La paz del corazón se logra con resistir á las pasiones, y no con hacerse esclavo de ellas; hijo mío, no sigas tus desarreglados deseos, y renuncia á tu voluntad. » Ya lo entiende, es preciso cambiar.

Vuelve el día siguiente á Nª Sª de las Victorias, medita y reza, y sigue ese ejercicio ocho á diez días; desearía confesarse, pero el orgullo... En fin, después de unas semanas de lucha, durante las cuales iba con frecuencia á los pies de la Reina de bondad, salió victorioso, y se transformó su vida enteramente. Selló su reconciliación con Dios el 25 de enero, día de la Conversión de san Pablo, y desde entonces siguió siendo ferviente cristiano y admitido á la comunión frecuente. No salió de París hasta el 25 de agosto, habiendo querido afianzarse en la práctica de las virtudes cristianas, para poder á su regreso reparar más eficazmente los escándalos de su vida primera. Fué su conducta una predicación para sus conciudadanos; y varios de ellos, llevados por su ejemplo, fueron á París con objeto de pedir para sí análogo regreso al sendero del deber y del honor.

Eficacia de la oración á María. — Un joven había recibido de sus padres excelente educación cristiana, y se distinguía en medio de sus condiscípulos por la inocencia de sus costumbres y la prudencia de su conducta. Á los catorce años, tuvo la

desgracia de dar oídos á palabras licenciosas que despertaron en su alma las ideas más criminales. Se abandonó al pecado, y se hizo éste un hábito tiránico que le arrastró á toda clase de demasías.

Como aún tenía el temor de Dios, deseaba sin duda renunciar á sus desórdenes y se esforzaba de vez en cuando en romper las fatales cadenas con que el demonio lo tenía amarrado. Pero el peso de sus iniquidades le inclinaba siempre hacia el triste objeto de sus pasiones, y luego recaía en los pecados que al parecer aborrecía. Harto de tan inútiles conatos, se dejó llevar del desaliento, y persuadido de que jamás podría enmendarse, resolvió no confesarse más.

Con el propósito de disculparse á sus propios ojos y á los del director de su alma, fué á verle y le declaró su resolución : « Y no creáis, añadió, que obro por respeto humano, ó por estar cansado de la virtud ; no tal, ya os probé con mi perseverancia en venir á veros cuán poco me importa lo que mis compañeros piensen de mí, y por otra parte, siento más que nunca el consuelo que perdí al perder la inocencia, la cual fué en mi niñez fuente de gozo tan puro. Pero quise volver á Dios, y no me fué posible : en vano probé corregir estas inclinaciones que aborrezco ; yo creo que incurrí en la ira de Dios, y pues estoy condenado, es excusado que siga frecuentando un sacramento, cuya profanación no servirá más que para hacer que sea más tremendo mi castigo.

Desde luego reconoció el sacerdote en esas palabras el efecto de la más terrible tentación, de que se vale el enemigo de los hombres para acabar de perder á las almas, esto es, la desesperación. Por lo tanto, lejos de abandonar al malogrado amigo, se apresuró á darle confianza, asegurándole que tan generoso corazón no podía estar destinado á odiar á Dios eternamente. Y levantándose de repente, y

tomando al joven por la mano, díjole con inspirado tono : « Anda, hijo, anda en seguida, y échate á los pies de la Virgen pidiéndole tu conversión, y luego ven á verme. »

Obedeció el joven, fué á postrarse ante el altar de la madre de Dios ; y regando el suelo con sus lágrimas, suplica á la Virgen que se apiade de una alma que tanta sangre costó á Jesús, promete nuevos esfuerzos, y se consagra enteramente á María.

No tardó en experimentar la poderosa protección de aquella á quien invocó con tanta docilidad y confianza. Al levantarse, sintióse lleno de una fuerza desconocida hasta entonces; volvió á su confesor, y declaró sus pecados con tanto dolor y arrepentimiento, que el ministro de Dios quedó convencido de que la mano de María había obrado sobre el pobre pecador.

Efectivamente, el joven protegido de la Virgen Santísima cambió completamente de vida ; resistió en lo sucesivo con ánimo invencible á las depravadas inclinaciones que habían hecho su desesperación, y llevádole hasta las puertas del infierno; y unos años más tarde, fué citado en todas partes cual dechado de piedad y fervor.